

## EL MISTERIO DE LA IGLESIA: ORIENTACIONES PARA UNA CATEQUESIS ACTUAL

por A. LIÉGÉ, O.P. \*

Seguramente los lectores no aguardan de mí una exposición completa de tipo teológico sobre el misterio de la Iglesia; nadie extrañará, pues, que no trate todos los aspectos de este misterio. Presupongo en todos nosotros cierto conocimiento de la renovación teológica de la eclesiología en estos últimos años; y a partir del mismo, os propondré un estudio de reflexión catequística.

Reflexión catequística encaminada a establecer las *líneas fundamentales* de la presentación del misterio de la Iglesia a *nuestros contemporáneos* y a *integrar* en dicha presentación las *dificultades* particulares que ellos experimentan; reflexión encaminada a presentar la *totalidad del misterio de modo dinámico, según cierto orden y respetando cuidadosamente la importancia de los diversos aspectos.*

Me parece que semejante exposición catequística *presupone la orientación del modo de considerar la Iglesia*: orientación de la mirada del catequeta y del predicador, pero también, y como consecuencia, orientación de la mirada de los cristianos a quienes aquéllos se dirigen. Por esto insistiré primero sobre este preliminar o modo de mirar, único que puede descubrir de manera viva y fecunda para la fe, el misterio de la Iglesia.

Después de haber orientado así nuestra mirada, podremos considerar algunas evidencias de origen evangélico que constituyen como

---

(\*) El tema de la Iglesia es siempre fundamental e inagotable. Pero la inminencia del Concilio y la vigorosa renovación y hondura de los actuales estudios teológicos lo han convertido en tema de palpante actualidad.

Pocas plumas tan autorizadas como la del R. P. Liégé para orientar a los catequistas en este campo: es profesor de pastoral y homilética en el conocido escolasticado dominico de Saulchoir, profesor de pastoral en el Instituto Superior Catequético de París y autor de numerosas publicaciones: *Jeune homme, lève-toi!*, *Adultes dans le Christ*, *Vivre en chrétien*, etcétera; a lo que tendríamos que añadir una lista de artículos tan importantes como variados.

Bien venida sea, pues, a nuestras páginas, tan brillante y generosa colaboración. (N. de la R.)

los datos inmediatos de la conciencia del catequeta que debe transmitir el misterio de la Iglesia. Solo a partir de esta mirada y de estas evidencias, podremos luego proseguir con algunas reflexiones sobre la realización de una catequesis actual de la Iglesia.

### I.—MODOS BUENOS Y MALOS DE MIRAR LA IGLESIA

La Iglesia de Jesucristo no quiere ser mirada, comprendida y amada de modo impropio, de una manera cualquiera. No ha nacido de la carne, sino del Espíritu; y no cualquier mirada o afecto basta para encontrarla de verdad. Ahora bien, durante siglos —los siglos de cristianismo de que salimos—, muchos hombres han mirado con tales ojos a la Iglesia que es muy dudoso hayan reconocido en ella esa creación única de Dios, de Jesucristo y del Espíritu, no nacida de la carne. Durante siglos y siglos, ha habido hombres que han aplaudido a la Iglesia, se han interesado por ella, le han prestado su adhesión, sin que, al parecer, fueran siempre movidos por la fe. Y la Iglesia, por una especie de coquetería, ha dejado que la aplaudiesen con tales aplausos y, a veces, que la clasificaran entre las potencias y fuerzas de este mundo, permitiendo que la considerasen como una ideología o una moral o una institución clerical. Se puede opinar que, en ese clima común, la Iglesia no siempre ha sido bastante crítica para discernir el valor de la admiración que suscitaba.

Actualmente, la situación ha cambiado: los aplausos a la Iglesia son menos unánimes. Le resulta, pues, más fácil manifestarse a los hombres como inclasificable, sorprendente, merecedora de una consideración y amor que no son de este mundo. Como ya decía Pascal: «Buen estado el de la Iglesia, cuando solo se apoya en Dios» (*Pensées*, 861). Buen estado, porque nos obliga a mirar la Iglesia como Dios mismo la mira, amarla como Dios la ama, y no según la manera ideada por los hombres en provecho de sus intereses.

Para que esta reflexión sobre la historia no quede en algo abstracto, ¿cuáles son los modos nada infrecuentes de mirar la Iglesia que toda catequesis tendría que denunciar o, al menos, no fomentar?

Se me ocurren varios. Comienzo por los más vulgares, los más alejados de la mirada que debemos procurar tengan los cristianos.

*En primer lugar, la visión folklórica y estética.* Algunos muestran adhesión a la Iglesia o corren el riesgo de hacerlo movidos tan solo por los aspectos más externos que responden a sus tendencias emocionales. Les gusta la Iglesia por las ceremonias y cierta belleza ex-

terna; buscan en la Iglesia la satisfacción de su religiosidad un tanto estética: que en ciertos momentos de la existencia individual y colectiva, la Iglesia embellezca la vida y vierta un poco de lirismo en la existencia humana. A menudo, por desgracia, se limita a lo folklórico y estético el interés que por la Iglesia quieren despertar los reportajes periodísticos.

*Otro modo* de mirar la Iglesia es *el enfoque puramente político*: muchos hombres consideran la Iglesia, con el Vaticano por capital, como una potencia de este mundo, como uno de los miembros de los bloques políticos, como susceptible de ser clasificada entre los imperialismos que reinan en el mundo, siempre, claro está, al lado de las fuerzas reaccionarias, represivas, mantenedoras de lo que se ha dado en llamar orden establecido.

En efecto, es fácil limitarse a ver en la Iglesia, sobre todo en la Iglesia del pasado, este solo aspecto de injerencia política; una sociedad como las otras, con fines religiosos que son mero pretexto.

*El tercer modo* de mirar la Iglesia —ya para alabarla, ya para condenarla— es *la mirada puramente sociológica*. La que solo ve en la Iglesia una organización útil para la salvaguardia de cierta cultura; como una familia espiritual de tipo filosófico, cuyos orígenes se pueden fácilmente reducir a elementos culturales. De ahí que muchos hombres se sumasen antaño a la Iglesia por los mismos motivos por los que abrazaban determinada cultura y civilización. Reducían la Iglesia a no ser más que el sostén de cierto estado sociológico del mundo. Y aún actualmente hay hombres que no ven en la Iglesia más que este aspecto. Por ejemplo, en Francia, donde esta adhesión tradicional a la Iglesia se mezcla a menudo con el apego a elementos puramente humanos de tradición y civilización.

*El cuarto modo* de mirar la Iglesia es *la consideración puramente moral*. Se espera de la Iglesia que sea guardiana de los principios morales, salvaguardia de cierto tipo de decoro, cortesía y buena educación, para uso de los niños especialmente. Y se la proclama, a este respecto, bienhechora de la humanidad. De mil amores se le daría la medalla de la virtud.

*El último modo* de mirar la Iglesia es *la visión puramente religiosa*: considera la Iglesia y se adhiere a ella principalmente —si no exclusivamente— porque ampara todas las formas de lo sacro, todas las expresiones de la religiosidad, necesarias de cuando en cuando para la vida del individuo y de la sociedad; y teme que, si la

Iglesia desapareciera, desaparecería también cierto sentido de lo sagrado, cierto idealismo.

Todos esos modos de mirar coinciden en prescindir de la trascendencia de la Iglesia; en no ver y apreciar en ella sino lo que halaga los intereses humanos, lo que secunda las aspiraciones humanas, lo que hace de la Iglesia cierta realidad necesaria para el logro de las esperanzas y seguridad humanas, por muy nobles que sean. Se la reduce a ser fruto de la carne, no del Espíritu.

Por esto, el catequeta debe preocuparse, ante todo, de *denunciar la falsedad o insuficiencia de todas esas miradas* y adhesiones que la Iglesia ha despertado en Occidente a lo largo de los siglos.

Y para esclarecerlo del todo, tiene que manifestar, al mismo tiempo, que solo *la mirada evangélica* puede orientarnos verdaderamente hacia el corazón de la Iglesia, darnos la clave de este misterio. Lo de «evangélico» hay que entenderlo aquí en sentido estricto; esto es, en el *sentido del evangelio de Pascua y Pentecostés*: quien no reconozca que la Iglesia nació de los acontecimientos de Pascua y de Pentecostés, en modo alguno puede comprender la Iglesia. La Iglesia misma, ¿no debería denunciar como incapaces de satisfacerla todas esas miradas y todos esos afectos indebidos de que todavía es objeto? ¿No tendría que decir a cuantos se interesan por ella de modo nada evangélico: «No soy la dama que imagináis... Nací en Pascua y Pentecostés. Si ignoráis lo ocurrido en Pascua y Pentecostés y no aceptáis el evangelio, ¿cómo queréis saber quién soy yo y comprender, por poco que sea, mi misterio; misterio que no es enigma, sino realidad en la que solo se penetra por el evangelio?»

Quien dice mirada evangélica, dice *necesariamente mirada de fe*. Solo partiendo de Jesucristo, partiendo del Dios de la Alianza manifestado en Jesucristo, se puede comprender la Iglesia; solo mediante la adhesión al Dios de la Alianza, a Jesucristo, a través de los acontecimientos de Pascua y Pentecostés, reconoceremos la Iglesia por lo que es. ¿No tenía razón el cardenal Newman al decir: «Cuando en un país se hace mucho caso de la religión y todo el mundo se alegra al ver la atención general que se le dispensa, no habrá espíritu discreto que no se inquiete por el temor de que se esté honrando, no la religión verdadera, sino su falsificación?» (*Parochial and Plain Sermons*, I, 5, p. 62).

## II.—EVIDENCIAS EVANGÉLICAS SOBRE EL MISTERIO DE LA IGLESIA

Al fijar así nuestra mirada sobre la Iglesia, ¿qué vemos? Antes anuncié evidencias de origen evangélico. También he hablado, equivalentemente, de algunos datos inmediatos de la conciencia del catequeta que quiere dar a conocer el misterio de la Iglesia. *¿Cuáles son esos datos inmediatos de conciencia, cuáles son esas evidencias?* Me limitaré a *cuatro* de las más importantes.

*La primera* se refiere al *origen de la Iglesia*. Tenemos que proclamar que, si bien es cierto que la Iglesia nació en el tiempo y que sus orígenes históricos pueden ser fechados, como ocurre con muchas otras sociedades humanas, no es menos cierto que la Iglesia *nació, ante todo, de un acontecimiento divino*. Acontecimiento divino que no es más que la manifestación del designio de salvación preexistente en Dios. La Iglesia nació de Dios Padre, quien, ya antes de la creación, quería reunir todas las cosas en la unidad y en el amor. Nació de la realeza de Jesucristo, a quien por su Resurrección se le ha dado todo poder en los cielos y en la tierra. Nació del Espíritu Santo, quien ratificó y homologó los títulos que el mismo Jesucristo había dado al pueblo reunido en nombre de su Padre. Por consiguiente, *la Iglesia nació por entero de la intervención divina, manifestada por los Acontecimientos de la salvación*.

*La Iglesia nació de la palabra de Dios*. Y está pendiente de continuo, como de manantial inagotable, de la decisión de Dios, la cual se manifestó en los acontecimientos de Navidad, Pascua y Pentecostés. Puesto que después de Navidad, Dios ya no puede dejar de ser hombre, salir de la historia, y, después de Pascua, Dios no puede hacer que Cristo no haya resucitado, y, después de Pentecostés, el Espíritu Santo ya no puede inhibirse, la Iglesia es la nueva creación querida y realizada por Dios. *La creación de los últimos tiempos*.

*Segunda evidencia*: ¿Qué es lo más importante en esa Iglesia nacida de Dios y manifestación del designio de salvación de Dios en la historia? ¿Lo más visible y exterior —lo institucional—, o lo más interno y a menudo más invisible —el aspecto comunión—?

Algunos catequetas creen que es más pedagógico empezar siempre por lo más externo y visible y encaminar luego los fieles hacia lo más interior. Pero el verdadero catequeta, ¿no tendría que preocuparse más bien de *presentar primero y valorar más aquello que*

*en el misterio de la Iglesia está más vinculado a la palabra de Dios, aquello en que Dios se nos ha dado y en forma tal que ya no se desdirá? ¿No debería esto llevarnos a presentar la Iglesia, en primer lugar, como realidad de gracia y pueblo de los tiempos mesiánicos, como Alianza y Reino, y poner en primer plano aquello que la Iglesia será cuando llegue a su plenitud y que ya actualmente constituye lo más precioso de la Iglesia, la porción en la que el Espíritu Santo se manifiesta como don vivificante y unificador? El aspecto institucional de la Iglesia sería presentado, como en segundo plano, como indispensable a la Iglesia en su peregrinación actual, pero innecesario cuando la Iglesia llegue a su estado adulto y perfecto.*

De ahí que, en vez de amoldar nuestra catequesis a cierto tipo de eclesiología principalmente institucional y canónico, poco atento a la realidad interior de la gracia, la amoldemos a la eclesiología de origen bíblico o bien a la de inspiración agustiniana y tomista.

*La tercera evidencia* de origen evangélico nos llevará a manifestar que este aspecto institucional de la Iglesia, aunque secundario, como hemos visto, forma parte del Acontecimiento mismo de la fundación de la Iglesia. El aspecto institucional no es añadidura tardía a una Iglesia puramente espiritual en sus comienzos. No, la Iglesia puramente interior y espiritual solo existirá después de la historia. Desde su fundación, el día de Pentecostés, la Iglesia del Nuevo Testamento comporta, además de su realidad mesiánica y escatológica, el aspecto institucional querido por Jesús, promulgado por el Espíritu Santo y puesto por obra por los Apóstoles mismos. Abramos los Hechos de los Apóstoles: ciertamente, la Iglesia aparece como la manifestación de la Asamblea mesiánica de los últimos tiempos; pero, además, esta Asamblea se proclama estructurada por los Apóstoles, dotada de signos sagrados, bautismo y eucaristía, entre otros. *La institución comenzó en el mismo momento de nacer la Iglesia.*

*Cuarta evidencia* de origen evangélico: *La Iglesia está en el mundo, pero no es del mundo.* Mucho tenemos que aprender de los relatos del Nuevo Testamento, y en particular de los Hechos de los Apóstoles y de las epístolas paulinas, que nos manifiestan cómo la Iglesia apostólica, en cada una de sus comunidades locales, tenía conciencia de haber sido sacada del mundo para formar el pueblo de la Alianza; conciencia de cierto en-sí de la Iglesia, en cuanto que representa el universo de la salvación realizada ya en medio del mun-

do, conciencia de ser un pueblo separado, consagrado —un pueblo sacerdotal, diríamos, en el sentido de la primera epístola de San Pedro—. Pero simultáneamente descubrimos que la Iglesia tenía conciencia de estar en medio del mundo, de tener una orientación misionera para con el mundo, de *ser para el mundo*. Las iglesias primitivas no se presentan, en modo alguno, como evadidas del mundo y desterradas; pero tampoco como diluidas en el mundo hasta el punto de no diferenciarse de él. Tienen conciencia simultáneamente de ser la Iglesia y de no ser meramente una realidad del mundo, conciencia de estar en medio del mundo, de ese mundo que todavía no es la Iglesia y para el que ellas representan la salvación, ese mundo con el que mantienen diálogo amistoso y misionero.

He ahí las cuatro evidencias de origen evangélico, los cuatro datos inmediatos de la conciencia del catequeta de la Iglesia.

Ahora comprendéis mejor por qué he hablado de evidencias de origen evangélico: solo partiendo de lo que la Iglesia ha sido desde sus comienzos —una Iglesia nacida de los acontecimientos de Pascua y Pentecostés—, podemos discernir estos rasgos fundamentales de su fisonomía. *Tenemos que despertar en los cristianos el espíritu investigador que late en las preguntas siguientes:*

*¿Qué quiso Dios, en su paternidad creadora, al idear y querer la Iglesia? ¿Qué quiso Jesucristo al engendrar la Iglesia a lo largo de su ministerio y de su Pascua? ¿Qué quiso el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, al inaugurar el movimiento cristiano, dando a luz esa Iglesia querida por el Padre en su generosidad creadora antes de la creación del mundo, y realizada por Jesús en su Pascua?*

Solo en la medida en que los fieles comulguen con las intenciones de Dios, de Jesucristo y del Espíritu Santo, en la medida en que nuestra catequesis les estimule a ello, será el misterio de la Iglesia reconocido con esa mirada evangélica, única que puede penetrarlo.

### III.—PRESENTACIÓN DIALÉCTICA DEL MISTERIO DE LA IGLESIA

Llegados a este punto, después de haber fijado nuestra mirada en la Iglesia y haber descubierto luego cierto número de evidencias, ya podemos proseguir y reflexionar sobre la presentación del conjunto de este misterio en función de las evidencias que hemos encontrado.

Me parece que la manera mejor, más ortodoxa, más pedagógica y más fructífera para la fe, de presentar el misterio de la Iglesia se-

gún todos sus aspectos, consiste en *presentarlo en forma de tensiones*. En efecto, el misterio de la Iglesia es tan rico y tan complejo, que existe el peligro de escoger, dentro de la complejidad y de la multiplicidad, solo ciertos aspectos, escogerlos y oponerlos fácilmente. Mientras que la presentación en forma de tensiones lleva a los fieles a superar las oposiciones, a descubrir que la Iglesia es generalmente lo uno y lo otro al mismo tiempo, y a no decir «o bien, o bien» donde había que decir «y, y». He aquí, pues, la enumeración de *siete* tensiones que, según creo, pueden abarcar todos los aspectos que la catequesis de la Iglesia debe hacer resaltar.

*Primera tensión: La Iglesia es, simultáneamente, escatológica y misionera.* «Escatológica», esto es, enriquecida ya desde ahora con la fidelidad de Dios, de la que el Espíritu Santo es, en verdad, garantía personal y viviente. Dios no puede renunciar a su Iglesia, no puede echarse atrás; se nos dio y estamos ya en los tiempos últimos. Pero, al mismo tiempo, «misionera», es decir, que hasta la venida de Jesucristo, la Iglesia está inmersa en la historia humana, no con el fin de pararla, sino para estar presente en todos los movimientos de la historia, para irradiar el evangelio de Pascua y Pentecostés. Por ser misionera, la Iglesia está naciendo de continuo en la historia, está en continuo afán de expansión y también en desarrollo. Una Iglesia meramente escatológica dejaría de ser la Iglesia de la tierra; pero una Iglesia meramente misionera dejaría de ser la Iglesia de Pascua y Pentecostés.

*Segunda tensión: La Iglesia es, simultáneamente, espiritual e interior, y sacramental y exterior.* He ahí dos aspectos de la Iglesia que hay que mantener juntos, no solo yuxtaponiéndolos, sino mostrando que, si bien el aspecto exterior y sacramental está subordinado al interior y espiritual, sin embargo dicho aspecto exterior y sacramental no es solo prueba de indigencia de la Iglesia presente, en su condición terrena; es también la expresión de una riqueza interiorizada y vivida. Siguiendo la antigua armonía de «Res et sacramentum», hay que mostrar cómo la Iglesia exterior y sacramental brota de la interior y espiritual con el fin de alimentarla sin cesar y manifestarla al mismo tiempo. Ni se omita poner de manifiesto que todo lo exterior no existe sino en función de lo interior, y que lo interior necesita de lo exterior. No caigamos en una especie de

inflación del aspecto sacramental e institucional de la Iglesia, pero tampoco presentemos la Iglesia como meramente espiritual e invisible.

*Tercera tensión: La Iglesia es indefectible y al mismo tiempo está condicionada por la historia.* Me parece que esta tercera tensión encierra un aspecto muy importante para la catequesis actual de la Iglesia. En efecto, vivimos en tiempos de notable intensidad histórica, de inestabilidad y creciente rapidez en el paso de las civilizaciones; respecto de esta situación, precisamente, la Iglesia tiene que manifestar simultáneamente su presencia y su trascendencia. Su trascendencia o indefectibilidad constituye la victoria sobre el tiempo, sobre los descaecimientos que el paso del tiempo trae siempre consigo, y sobre el peligro de destrucción —incluso como mera civilización— que el tiempo implica. Pero, a la vez, por estar condicionada por la historia, la indefectibilidad no libra a la Iglesia de todos los riesgos de esa historia. Su presencia en ella no es de tipo idealista. La asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia no consiste en un milagro perpetuo; y nos asombra ver que el Espíritu Santo sólo la sostiene con milagros cuando está en juego lo esencial. De ordinario, la asiste sin eximirla siquiera de los afrontamientos más peligrosos.

Dentro de esta tensión entre la indefectibilidad y los condicionamientos históricos a que la Iglesia está sometida, ¿no habría que subrayar, hoy día, una cualidad fundamental de la adhesión a la Iglesia: la Esperanza? Cuántos cristianos calculan las probabilidades que la Iglesia tiene de superar los peligros de la historia, solo desde el punto de vista humano, prescindiendo de la fe en su vigor divino y en su trascendencia de indefectibilidad. Muchos cristianos parecen pesimistas acerca del futuro de la Iglesia y fácilmente harían suya la afirmación de incrédulos y escépticos: «¡Mal se le ponen las cosas a la Iglesia, hoy día!; su porvenir se presenta inseguro» —entiéndase su porvenir histórico—. La *esperanza*, por el contrario, *motiva una actitud completamente distinta*: actitud llena de *confianza al Espíritu Santo*, que conserva indefectible a la Iglesia y la asiste en los afrontamientos más peligrosos. Pero la esperanza es, al mismo tiempo, *trabajo, colaboración con el Espíritu Santo* para que los riesgos de la historia favorezcan a la Iglesia, en vez de perjudicarla. Además, la esperanza funda la indefectibilidad de la Iglesia no tanto en la *protección humana*, en los factores sociológicos o históricos de tal o cual momento de la civilización, sino, sobre todo,

en el *vigor interno* y en la *particular cualidad vital de la Iglesia*; la funda, en otros términos, en la fidelidad al Espíritu que la anima y le permite enfrentarse lealmente con las situaciones más peligrosas y dejarse condicionar por ellas.

*Cuarta tensión: La Iglesia es, simultáneamente, jerárquica y comunitaria.* Sabido es que, a lo largo de los siglos, no han faltado quienes oponían la autoridad a la comunidad, acentuaban la autoridad hasta el autoritarismo y gustosamente comparaban la Iglesia con un ejército, una monarquía... Por el contrario, sabido es también cómo se han abierto paso en la Iglesia ciertos movimientos, que, en nombre de la comunidad, tienden a la negación de toda autoridad... He ahí un conflicto que hay que superar afirmando que la Iglesia es, en efecto, jerárquica: esto es, que en el seno del Pueblo hay una institución. ¡Nunca la Iglesia se limitará a ser la jerarquía! ¡Nunca la Iglesia se limitará a ser la institución! Pero dentro de la comunidad salvífica hay una institución, una autoridad, una autoridad de tipo jerárquico. Esto nos llevará a decir también que esta autoridad jerárquica es completamente distinta de la autoridad de las sociedades humanas; es una autoridad que se caracteriza por el servicio en la humildad, *una autoridad que, consciente de que está en una comunidad, no cesa de dialogar con ella.*

¿Qué sería la Iglesia con solo los obispos, sin el pueblo? ¿Qué sería la Iglesia con solo el pueblo, sin obispos ni papa? ¿Qué sería la Iglesia privada de constante diálogo entre los que, a pesar de ser representantes del orden jerárquico, saben que están dentro del pueblo, al servicio del pueblo, y el pueblo mismo, que ve en los representantes del orden jerárquico a sus superiores fraternos?

*Solo hay diálogo cuando uno es lo que es, cuando hay aprecio mutuo, cuando nos reconocemos diferentes y complementarios.* Así, por ejemplo, en la Iglesia, el aspecto jerárquico es complementario del aspecto comunitario. Por eso, la tensión entre jerarquía y comunidad es tensión vital, en vez de originar una Iglesia en la que la jerarquía es la corporación de los privilegiados, y la comunidad, el conjunto de los oprimidos, carentes de mayoría de edad.

Para esclarecer esta tensión vital, sería ventajoso hacer comprender a cada uno la representatividad que le corresponde en el seno de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Inspirándonos en la enumeración de los diferentes ministerios y carismas mencionados en las epístolas paulinas, podríamos decir brevemente lo que sigue:

*La jerarquía* representa en la Iglesia ese aspecto por el que la Iglesia se edifica desde arriba, a partir de una decisión y de una gracia trascendentes, a través de mediaciones externas que manifiestan esa trascendencia. Complementariamente, *los seglares* atestiguan que la Iglesia se edifica también desde abajo, integrando en el desarrollo del Reino de Dios los acontecimientos de la historia, como acontecimientos providenciales, y manifestando, además, en los elementos de la historia, la presencia de *mediaciones* salvíficas que convergen en la Iglesia. *Los monjes y los religiosos*, las monjas y las religiosas, atestiguan de modo privilegiado que la Iglesia se edifica también desde el interior, esto es, a partir de su fecundidad espiritual, por la proliferación misma de la gracia que la anima.

*De este modo, nadie osará decir que es la Iglesia entera, pero cada cual reconocerá que da testimonio de un aspecto imprescindible de la Iglesia. De la Iglesia que se edifica, al mismo tiempo, desde arriba, desde abajo y desde el interior.* Y cada cual reconocerá, igualmente, que, si bien el aspecto que representa es necesario para la manifestación de la Iglesia, el aspecto representado por los demás no le es totalmente *indiferente*. No se trata aquí de monopolio, sino de ministerios o carismas particulares y complementarios.

*Quinta tensión: La Iglesia es, simultáneamente, Tradición y Reforma.* Cosa difícil, pues en este punto, sobre todo, acostumbramos a oponer lo que se debería unir. Para unos, la Iglesia es Tradición: nada en ella puede cambiar, su rostro es inmutable, y con ese rostro inmutable tiene que atravesar los siglos. Para otros, la Iglesia es Reforma porque la Iglesia es movimiento y juventud, lo cual significaría que en la Iglesia todo puede ser revisado y modificado, según las exigencias de los tiempos y la mutabilidad de los siglos.

Que la Iglesia es tradición, es evidente; hay en ella una realidad profunda que no puede cambiar. En efecto, ¿quién puede cambiar en la Iglesia lo que Dios mismo le dio y sigue dando en su fidelidad, y lo que fue instituido en virtud de la realeza eterna de Jesucristo y sancionado por el Espíritu Santo? El aspecto tradicional de la Iglesia se relaciona, pues, con lo que forma el corazón de la Iglesia, la realidad interior vital que constituye la comunidad mesiánica. Pero también se relaciona con todo aquello que en la Iglesia, hasta la venida del Señor, es de institución divina y expresa el deseo del fundador, Jesús, y del promulgador de Pentecostés, el Espíritu Santo. Tradición, en la Iglesia, significa: presencia del Espíritu, do-

nes del Espíritu, conocimiento de la palabra de Dios; pero Tradición, en la Iglesia, significa también la Eucaristía y toda la constelación de signos de la Alianza engarzados en torno a la Eucaristía—don de Jesucristo a su Iglesia—, y también los depositarios de poder y misión especiales para servicio del pueblo y como sucesores de los Apóstoles. Una Iglesia sin Eucaristía ni obispo ni palabra del Señor, no sería una Iglesia tradicional; esto es, la Iglesia.

Pero en esta Iglesia tradicional hay otros aspectos relacionados con ese corazón de la Iglesia de que acabamos de hablar, y que, sin embargo, no tienen las mismas garantías, no dependen de la misma intervención divina en la historia; tales aspectos de la Iglesia son ocasión de Reforma. *Entiéndase bien reforma, y no, revolución*, en el sentido que hoy se da a estos términos. La reforma tiene por objeto la adaptación, la revisión parcial de las estructuras, con el fin de dar la máxima verdad y fecundidad a la estructura fundamental. La revolución, por el contrario, pone en tela de juicio la estructura fundamental, la constitución misma. Se habla de revolución política cuando en una nación hay cambio de constitución y de régimen. Se habla de reforma cuando se adaptan las costumbres y las estructuras secundarias para dar a la constitución el máximo rendimiento y la mayor eficacia. De ahí que, en la Iglesia, los verdaderos reformadores sean, al mismo tiempo, verdaderos amantes de la tradición. Y viceversa. No son los que dicen «tradición, tradición» los que tienen más desarrollado el sentido de la Tradición, sino aquellos que dicen, además, «reforma»; reforma para que lo tradicional no aparezca como intemporal, sino como algo eterno, de perenne actualidad.

Para esclarecer esta tensión entre tradición y reforma, conviene distinguir exactamente los diferentes estratos de existencia institucional en la Iglesia. A saber: se da en la Iglesia un estrato de existencia institucional propiamente divina; esencialmente: la sucesión apostólica, la Eucaristía y los sacramentos. *Hasta el retorno de Jesucristo, la vida de la Iglesia comportará lo institucional divino, que ninguna reforma puede alterar.*

Pero en la Iglesia *existe, además, un segundo estrato*, que podíamos llamar el estrato de *lo institucional eclesialístico*: comprende todo el organismo institucional de la Iglesia, no determinado por Jesucristo ni los Apóstoles, sino dejado por ellos a la sabiduría y prudencia de la Iglesia y de la jerarquía. ¿Algunos ejemplos? La organización de la liturgia, la explicitación de la voluntad del Señor res-

pecto a los signos de la Alianza, la organización del orden jerárquico, el celibato eclesiástico... Es algo así como el arropamiento de lo institucional divino; arropamiento cuya responsabilidad y riesgos corren por cuenta de la Iglesia. Arropamiento indispensable para que lo institucional divino pueda manifestarse como actual y disponga de su lenguaje; pero arropamiento temporal, como fruto que es de la adaptación a un tiempo o lenguaje determinados. Y por ser temporal, es también reformable. La Iglesia puede cambiar aquello que ha establecido en beneficio de lo institucional divino que la habita por voluntad de su fundador; incluso tiene que cambiarlo, si este aspecto institucional eclesiástico, en vez de favorecer lo institucional divino, fuese como un velo que lo ocultase o un freno que impidiese su desarrollo. Cuando lo institucional eclesiástico ha envejecido e impide la luz, y se hace tan pesado que ya no es útil para lo institucional divino, ha llegado para la Iglesia la hora de la reforma. Esa hora de que hablaba Juan XXIII, en vistas al próximo Concilio, cuando decía: «La reforma es necesaria en la Iglesia para darle un rostro más evangélico.»

Hay, por último, un *tercer estrato* de existencia institucional en la Iglesia: *lo institucional sociológico*, lo que a menudo se llama «las instituciones temporales cristianas». Por ejemplo: las escuelas de la Iglesia, la Ciudad del Vaticano, los sindicatos cristianos, la prensa y los partidos católicos, el Estado católico, los movimientos y obras de educación de la juventud... Nada de esto ha sido directamente fundado por Jesucristo ni pertenece a la fidelidad a Pentecostés; al contrario de lo que ocurre con lo institucional eclesiástico, nada de esto se relaciona directamente con la expresión misma de la misión de la Iglesia, pero ayuda dicha misión desde el exterior y ha sido fundado, a lo largo de los siglos, como especie de prolongación, dentro de las estructuras del mundo, de la misión de la Iglesia. Aquí habría que recalcar la adhesión más indirecta que esas instituciones temporales cristianas exigen del creyente; mientras que lo institucional eclesiástico requiere la fe solo a través de la confianza que se tiene en la misión de la Iglesia. En lo institucional sociológico, la reforma es siempre necesaria en la vida de la Iglesia para que florezca la Tradición. En los tiempos que corremos, es importantísimo distinguir, en la Iglesia, lo inmutable de lo mudable, no comprometer lo absoluto divino con lo que es variable; y al par que se mantiene esta tensión entre Tradición y Reforma, *mantener cuidadosamente la tensión entre fidelidad y libertad en la Iglesia*. No se trata

de empujar a los cristianos al martirio por el más insignificante aspecto institucional de la Iglesia; se trata de darles a conocer los aspectos que exigen fidelidad hasta el martirio, y los que no la exigen, los aspectos que no pueden ser criticados sin perjuicio de la fe y aquéllos en los que la crítica se exige por la misma fe.

Faltaría aún puntualizar cuándo debe llevarse a cabo la Reforma, cómo y por quién... Esto nos llevaría a realzar *el papel que desempeña la opinión en la Iglesia* —papel de información y diálogo—, pero, juntamente, *el papel de la autoridad responsable*, que, debidamente informada por la opinión, emprende la reforma.

*Sexta tensión: La Iglesia es, simultáneamente, santa y no exenta de pecado.* Que la Iglesia es santa significa que constituye ya el ámbito en el que el Espíritu Santo está presente y otorga sus dones; significa también que la Iglesia es depositaria de todas las mediaciones y de todos los signos de santidad, prenda cierta de un futuro santo y medio de que la Iglesia dispone para purificarse y purificarnos del pecado y entrar así, cada vez más, en la Alianza de santidad.

Pero la Iglesia conserva el lastre del pecado en la medida en que ciertos cristianos —simples fieles o miembros de la jerarquía— no dan primacía al Evangelio, no secundan plenamente lo que ya constituye el peso de santidad que anima al pueblo de Dios. Esta tensión desencadena en la Iglesia la lucha constante por el triunfo de la santidad sobre el pecado, y motiva la necesidad de penitencia, para proclamar la santidad de Dios y confesar el peso del pecado que permanece. La confesión del pecado esclarece la confesión de la santidad de Dios, y la confesión de la santidad de Dios llena de luz —aunque también de esperanza de misericordia— la confesión del pecado. Un día vendrá en que la Iglesia será enteramente santa, desaparecerá la tensión: el polo de la santidad habrá triunfado.

*Séptima tensión: La Iglesia es, simultáneamente, universal y particular.* Es universal porque el acontecimiento que le dio origen —Pascua y Pentecostés— no concierne solamente a un grupo de hombres, una raza o un tiempo determinado de la historia, sino que sus efectos son tan universales como la intervención divina que lo animaba. Ora esté aquí la Iglesia, ora allí, la Iglesia de París, la Iglesia de Lyon, la Iglesia de Roma, es siempre la Iglesia de Dios (en cuanto que está aquí o allí), es la Iglesia del divino designio universal de salvación. Iglesia universal. Pero también particular, esto es, Iglesia

enraizada acá o acullá; es decir, no solo en la geografía, sino también en la cultura y la civilización. En todo ese espacio humano, con sus particularidades y sus valores humanos —finitos, pero reales—, echa raíces y crece la Iglesia. No es precisamente la negación de estas particularidades, de esta raigambre, lo que hará más universal a la Iglesia; así solo se lograría cierta universalidad abstracta: sería de todas partes y de ninguna. La Iglesia se hace universal adicionando estas realizaciones particulares. Pero para que las realizaciones particulares de la Iglesia no sean particularistas, cada célula de la Iglesia tiene que abrirse a las demás y participar del misterio ecuménico. Las particularidades tienen que enriquecer la universalidad, en vez de empobrecerla.

Sabemos por experiencia cuán difícil es estar arraigado en circunstancias humanas concretas —limitadas, sin duda, pero que, al menos, nos dan estabilidad—, y, al mismo tiempo, interesarse por todas las realidades humanas que no nos atañen de cerca. *El hombre adulto es el hombre capaz de dilatar cada vez más su presencia, a partir del arraigo que le es propio y que constituye el fondo inmutable de su personalidad en situación. Lo mismo ocurre en la Iglesia.* Unas veces, la Iglesia tiende a acentuar el carácter de unidad para manifestar mejor su universalidad; otras veces, por el contrario, tiende a ampliar el afán de catolicidad para que su unidad no sea unidad de centralización abstracta. Si bien es cierto que la Iglesia insiste unas veces sobre un polo más que sobre el otro, debe evitarse, sin embargo, que un polo absorba al otro. La Iglesia es, juntamente, universal y particular; tal es su condición actual.

#### IV.—EXPECTACIÓN DE LA IGLESIA POR PARTE DEL HOMBRE ACTUAL

Doy por terminada la exposición de las tensiones en la Iglesia. Queda bastante esquemática, pero creo que este procedimiento de exposición catequística os parecerá, como a mí, fructuoso y el único que une en la fe lo que se tiende a oponer.

Y ahora quizá podríamos ocuparnos de *las exigencias, todavía más actuales y concretas, de la presentación catequística de la Iglesia a los hombres de hoy.*

Os invito, pues, a buscar las orientaciones que para la debida presentación de la Iglesia ofrecen las características de la mentalidad moderna, según las viven los creyentes y los incrédulos. Me apresuro a decir que no es intención mía, en esta última parte de mi exposi-

ción, invitaros a hacer apologética. Etienne Borne decía, recientemente, que en todas las religiones *la inflación apologética revela notable insuficiencia teológica*; estoy plenamente de acuerdo. Se ha hecho demasiado apologética en torno a la Iglesia, y el Papa Pío XII decía profundamente al Congreso eucarístico de Nantes, en 1946: *«La Iglesia tiene más necesidad de testigos que de apologistas.»* Y todo catequeta es un testigo. No, no vamos a entrar en una perspectiva apologética, sino catequística; y ésta encuentra, en la mentalidad y en los problemas de nuestro tiempo, una provocación a realzar tal o cual aspecto del misterio y a *apoyarse en esas provocaciones* para hacer captar de modo actualísimo el misterio de la Iglesia.

*Para descubrir esas provocaciones*, veamos lo que, dentro de la mentalidad y cultura modernas, constituye como otras tantas *pre-disposiciones favorables* a la presentación del misterio de la Iglesia. Después transcribiré los *deseos que se oyen a menudo acerca de la conducta de la Iglesia y que dejan traslucir la personalidad de ésta.*

a) *Predisposiciones de la mentalidad y cultura actuales.*

*En primer lugar*, salta a la vista que ya hemos salido del idealismo y que hoy es mucho menor el riesgo de no aceptar más que una Iglesia puramente espiritual, sin lazos institucionales. Nuestros contemporáneos gustan hablar de persona, destino, cultura «en situación», esto es, enraizada en la vida, en la historia y mediatizada por ellas con mediaciones necesariamente visibles. Toda la filosofía personalista y fenomenológica, contraria al idealismo, favorece la presentación de una Iglesia espiritual e institucional a la vez.

*Viene, en segundo lugar*, el sentido histórico de la mentalidad de hoy; sentido histórico que la predispone favorablemente a la presentación de la Iglesia como movimiento cristiano originado el día de Pentecostés y en trance de evolución cara al futuro, un futuro que es acontecimiento: la Parusía. Este sentido histórico hace que el hombre sea hoy más permeable que antaño a las expresiones bíblicas de *pueblo de Dios, pueblo en marcha.*

*En tercer lugar*, nuestros contemporáneos tienen con bastante facilidad el *sentido comunitario*, que a veces *degenera en sentido colectivista*; pero esta degeneración no es inevitable, y entonces se nos ofrece una predisposición favorable de la que carecían las generaciones precedentes, víctimas del individualismo occidental. Esto nos facilita presentar la Iglesia como la realidad del designio de Dios

identificado con el futuro de la creación, insistir en que es una asamblea, un pueblo, un cuerpo, y aplicarle fácilmente la mayor parte de las imágenes bíblicas.

Por último, nuestros contemporáneos tienen gustosos el *sentido de lo universal*, y les impresiona el relativismo de las civilizaciones, de las tradiciones demasiado restringidas. Cierta internacionalización, ¿no favorece, acaso, la manifestación del carácter universal de la Iglesia? La mayor parte de las religiones eran religiones raciales, locales; la Iglesia católica, en cambio, proclama una religión universal.

Los valores de la conciencia contemporánea en los que hemos hallado predisposiciones favorables pueden estar adulterados con excesos o impurezas. A nosotros toca saber utilizarlos, conocerlos íntimamente con simpatía, purificarlos cuando sea necesario, ver en ellos lo que antes llamé *provocaciones* a volver nuevamente al corazón del misterio, provocaciones que, sin embargo, nos dan ciertos prolegómenos de mentalidad y de lenguaje para descender el misterio de la Iglesia a nuestros contemporáneos.

#### b) *Deseos de muchos hombres de hoy.*

Como ya dije, la expectación de la Iglesia puede presentarse en nuestros contemporáneos bajo otra forma: ciertos deseos, más o menos explícitos, de muchos hombres de hoy. No solo de los que viven en el seno de la Iglesia, sino también de los no cristianos o de los tibios, quienes conservan todavía alguna esperanza y cierta nostalgia respecto de la Iglesia cristiana. Esos hombres no cristianos que, cosa no rara en nuestro Occidente ayer tan cristiano, abrigan como una especie de amor frustrado; hombres que desearían que la Iglesia se presentase *de otro modo* al mundo o que, por lo menos, la desafían a que se presente de otro modo. De otro modo, esto es, más en consonancia con toda esa esperanza divina que la misma Iglesia ha despertado en el corazón de los hombres.

Escuchemos con respeto lo que esos creyentes o incrédulos nos dicen. Por supuesto, sus reivindicaciones tienen un tanto de acusación... Mas considerémoslas, si queréis, como un amor frustrado, una invitación a mayor autenticidad.

En primer lugar, desearían que la Iglesia justificase más explícitamente todo el despliegue exterior de su estructura institucional, que manifestase claramente que todo eso no tiene más fin que la

santidad. Desearían que lo institucional apareciese realmente como servicio y no como dominio; que fuese lo más evidente posible que lo que más interesa a la Iglesia no es el número de sus miembros ni de su ministerio, sino la calidad de su presencia y de su misión.

*En segundo lugar*, desearían que la Iglesia de hoy manifestase más su trascendencia respecto del mundo y de las civilizaciones, su independencia respecto de todos los sistemas, incluso respecto de los sistemas gracias a los cuales ha podido expresarse en el pasado. Desearían que la Iglesia dialogase con igual facilidad con el hombre de la civilización africana o asiática que con el de la occidental.

*En tercer lugar*, desearían que la Iglesia adoptase todavía más las costumbres evangélicas, ora respecto de la pobreza —ausencia de prestigio y de poder, desconfianza de la protección de los poderosos, desvinculación de los intereses demasiado mundanos—, ora respecto de los conformismos —diplomacia pueril, oportunismo, franqueza a veces dudosa, falta de valor y, quizá aún más, falta de humildad. Muchos desearían, hoy día, que la Iglesia se presentase al mundo con semblante más amistoso y fraternal, que estuviese presente en el mundo más como cuestión, como búsqueda, que como tutora un tanto maternalista.

Desearían, también, que *la Iglesia dialogase más*. Un diálogo sin miedo a los otros, sin agresividad, antes penetrado de tolerancia verdadera, atento, no a la propaganda, sino a la irradiación y a la presencia; un diálogo que manifestase mejor el desinterés de la Iglesia respecto de sus interlocutores. El recuerdo de las Cruzadas, de la Inquisición, de la noche de San Bartolomé, sigue fomentando todavía algunos prejuicios y confusiones acerca de la Iglesia. De ahí que, en el mundo de hoy, se exprese a menudo el deseo que la Iglesia dialogue de verdad para ser misionera de verdad.

Desearían, *en fin*, que *la Iglesia fuese más claramente signo de libertad espiritual*. Una Iglesia que, después de haber trabajado para estar presente en medio del mundo, no vacilase en declarar que no puede tener parte con los ídolos; los ídolos nacionalistas, los ídolos del egoísmo, los ídolos de la injusticia. Una Iglesia valiente, que muestra que es joven corriendo los mismos riesgos del evangelio. Este deseo se funda, evidentemente, sobre lo que sabemos de la historia de la Iglesia en Occidente durante los siglos pasados: al parecer, la Iglesia tuvo, a veces, acepción de personas y se vinculó demasiado a ciertas empresas humanas ajenas a la causa evangélica.

¿Qué diremos a los que nos manifiestan tales deseos acerca de

la Iglesia? Que éstos constituyen precisamente como otras tantas provocaciones a que manifestemos mejor que la Iglesia solo puede ser reconocida con mirada evangélica y que no nació de la carne, sino del Espíritu de Pascua y Pentecostés, ni puede ser clasificada entre las sociedades y realidades fundadas con miras exclusivamente humanas. Tendremos, pues, en cuenta estas provocaciones, para desarrollar lo que tienen de presentimiento de la Iglesia auténtica mediante una catequesis inspirada en las fuentes y decidida a desmascarar, en nombre del amor a la verdadera Iglesia, todos los equívocos: los equívocos originados por el afán de poder y el imperalismo de algunos clérigos, los equívocos del conformismo y de la doble verdad, los equívocos de la alienación de la Iglesia por obra de tal o cual civilización, los equívocos de la autoridad demasiado poco fraternal, los equívocos de la presencia sectaria en el mundo... La Iglesia debe reconocer humildemente que esto ha existido, por desgracia, en su historia, y a menudo, como fruto del pecado.

¿Por qué no prevenir las numerosas críticas que abrigan, acerca de la Iglesia, nuestros contemporáneos, y prevenirlas de modo tan positivo que la manifestación del misterio de la Iglesia, unida a lo que podíamos llamar esa autocrítica, constituyese para ellos una auténtica revelación? Ni carecemos, al obrar así, de precedentes que nos protejan contra el temor de ser víctimas del mal espíritu. Acordaos de lo que decía el cardenal de Lorena a los Padres del concilio de Trento: «Tenéis derecho, Padres, a preguntarnos la causa de semejante tempestad... ¿A quién acusaremos, hermanos en el episcopado? Esta tempestad se ha desencadenado por culpa nuestra. ¡Que el juicio empiece por la casa del Señor!» Y León XIII, cuando daba esta consigna a los historiadores de la Iglesia: «El historiador de la Iglesia será tanto más capaz de hacer resaltar su origen divino, cuanto más leal haya sido en no disimular lo más mínimo las pruebas que esa esposa de Cristo ha tenido que sufrir por culpa de sus hijos e incluso de sus ministros, algunas veces. Los historiadores de la Iglesia tengan, sobre todo, presente que la primera ley de la historia es no atreverse a mentir; la segunda, no temer decir la verdad, y que el historiador no se haga sospechoso de adulación ni de animosidad.» Para decirlo todo en pocas palabras, la Iglesia no necesita más que la verdad, y el catequeta, convencido de ello, no vacilará en dar la razón, en nombre mismo de lo que es la Iglesia, a los que le exponen sus quejas, sus decepciones..., quejas y decepciones que son también el reverso de la esperanza.

¿No os parece que este contacto con los hombres de hoy tendría que hacernos caer en la cuenta de que estamos en situación privilegiada, respecto de los siglos anteriores, para presentar, en lo posible, el verdadero rostro de la Iglesia...? Y sin contar los pertrechos. Tenemos pertrechos teológicos y bíblicos que ciertamente no tenían los caquetos de los siglos XVIII y XIX.

\* \* \*

*Hay que terminar:* hemos fijado nuestra mirada en el misterio de la Iglesia y hacia él hemos orientado la de los cristianos... Hemos visto cierto número de evidencias, de datos inmediatos de la conciencia de este misterio... Estas evidencias nos han permitido describir el misterio de la Iglesia como tensión, de modo dinámico; y el diálogo entablado con la mentalidad moderna nos ha convencido de que el mejor modo de servir la Palabra de Dios es, precisamente, partir de esa mirada, insistir en esas evidencias y presentar el misterio de la Iglesia bajo forma de tensiones dinámicas.

Permitidme una *última observación pedagógica*: la catequesis sobre la Iglesia solo puede ser recibida de modo completo por los que ya tienen cierta experiencia de la vida social, de lo que es vivir en grupo. *El niño* tiende a confundir la Iglesia con la comunidad religiosa en que vive, en la que ha nacido y se ha educado; y también con la autoridad divina, prolongación de la autoridad de los padres. *El adolescente*, por el contrario, tiende a despreciar el grupo en que se ha criado, a aislarse en el individualismo y a rechazar la autoridad que lo ha protegido de modo demasiado inmediato en la niñez; la adolescencia no es, por lo tanto, la mejor edad para descubrir el misterio de la Iglesia.

*El adulto*, en cambio, superadas ya estas antinomias, es capaz de comprender, sin detenerse en el grupo, en qué consiste la pertenencia personal a la comunidad; y puede ver, más allá de la autoridad exterior, en qué consiste la autoridad de colaboración y de servicio fraterno. Por consiguiente, en la edad adulta, eliminadas ya las insuficiencias —insuficiencias inevitables— que trae consigo la presentación de la Iglesia en la edad infantil o de la adolescencia, en la edad adulta precisamente, enriquecida con cierto número de experiencias humanas, es cuando puede recibirse mejor esta catequesis de la Iglesia, en torno a la cual nos proponíamos reflexionar.